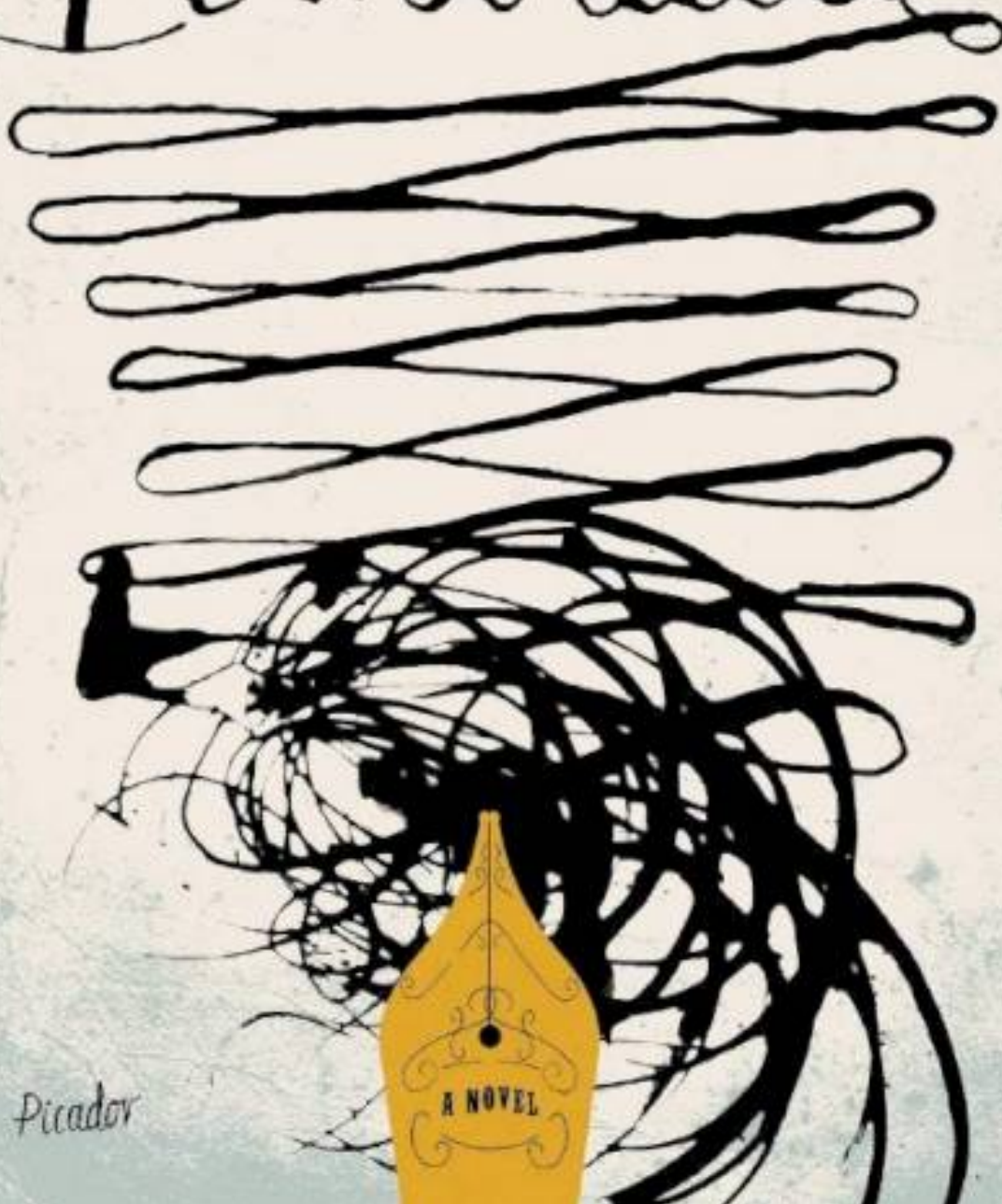


MIGUEL SYJUCO

# Ilustrado



Picador

A NOVEL

## Annotation

Un frío amanecer, el cadáver de Crispin Salvador, polémico patriarca de la literatura filipina, es extraído de las aguas del río Hudson, en Nueva York. Se rumorea que se ha suicidado. Con él ha desaparecido el manuscrito del libro que estaba escribiendo, una magna obra que iba a poner fin a años de silencio y ostracismo, y que debía saldar cuentas con la historia de su país, desvelando las mentiras, corruptelas y abusos de las familias poderosas que llevan décadas expoliándolo. Miguel Syjuco, discípulo y amigo del fallecido, regresa a Manila con la intención de encontrar el misterioso manuscrito y «recomponer las múltiples vidas» del poliédrico Crispin en una biografía. El borrador de esa biografía será una de las teselas del abigarrado mosaico que el autor y a la vez narrador va componiendo con fragmentos de la obra de Crispin –memorias, novelas y entrevistas–, aderezado con agudas reflexiones o chistes populares, e historias mínimas o heroicas de una galería de personajes memorables, hasta dibujar un fresco de varias generaciones de filipinos, desde el pasado colonial y la independencia de España hasta el caótico presente.

---

**MIGUEL SYJUCO**

*Ilustrado*

*Traducción de Victoria Alonso Blanco*

*Tusquets Editores, S. A.*

## Sinopsis

Un frío amanecer, el cadáver de Crispin Salvador, polémico patriarca de la literatura filipina, es extraído de las aguas del río Hudson, en Nueva York. Se rumorea que se ha suicidado. Con él ha desaparecido el manuscrito del libro que estaba escribiendo, una magna obra que iba a poner fin a años de silencio y ostracismo, y que debía saldar cuentas con la historia de su país, desvelando las mentiras, corruptelas y abusos de las familias poderosas que llevan décadas expoliándolo. Miguel Syjuco, discípulo y amigo del fallecido, regresa a Manila con la intención de encontrar el misterioso manuscrito y «recomponer las múltiples vidas» del poliédrico Crispin en una biografía. El borrador de esa biografía será una de las teselas del abigarrado mosaico que el autor y a la vez narrador va componiendo con fragmentos de la obra de Crispin –memorias, novelas y entrevistas–, aderezado con agudas reflexiones o chistes populares, e historias mínimas o heroicas de una galería de personajes memorables, hasta dibujar un fresco de varias generaciones de filipinos, desde el pasado colonial y la independencia de España hasta el caótico presente.

Título Original: *Ilustrado*

Traductor: Alonso Blanco, Victoria

Autor: Syjuco, Miguel

©2010, Tusquets Editores, S. A.

ISBN: 9788483832622

Generado con: QualityEbook v0.87

**Miguel Syjuco**

# Ilustrado

TÍTULO de la edición original. Ilustrado

Traducción del inglés: Victoria Alonso Blanco

Tusquets Editores, S. A.

© Miguel Syjuco, 2010

ISBN 978-84-672-4218-7

*Para mi familia en España*

En respuesta a las advertencias recibidas mientras se documentaba para la redacción de este libro, el autor declara por la presente que todas las semejanzas percibidas entre los personajes que aquí comparecen y otros seres vivos o muertos son fruto de la mera coincidencia o de un agujero en la mala conciencia del lector.

(CRISPIN SALVADOR, fragmento de la portadilla que se conserva de *Los puentes en llamas*)

## Prólogo

«LA PANTERA ya no acecha entre sombras extranjeras: ha vuelto a casa a descansar. El apropiado epitafio de Crispin Salvador, por petición expresa del difunto, se reduce a su nombre.»

(Fragmento de una necrológica anónima,  
*The Philippine Sun*, 12 de febrero de 2002)

Cuando su vida, una vida de literatura y exilio, llegó de improviso a término aquella mañana anónima de febrero, el autor daba ya casi por concluido el polémico libro que todos estábamos esperando.

Su cadáver se encontró flotando sobre las aguas del Hudson; un pescador chino lo enganchó con su anzuelo. Los brazos, magullados, los tenía abiertos a un virginal amanecer: como un Cristo, se observó sarcásticamente en un blog de nuestro país. Los calzoncillos, con el elástico raído, y los pantalones Ermenegildo Zegna bajados hasta los tobillos. Había perdido los dos zapatos. Una corona de sangre ornaba su ancha frente, aplastada tal vez por alguna palanca, un pilón del muelle o una placa helada del río.

Aquella tarde, como en un sueño, me planté bajo el frío glacial al otro lado de la cinta policial amarilla que acordonaba la entrada al apartamento del West Village donde había residido mi maestro. Los rumores empezaban ya a circular: el Departamento de Policía de Nueva York había encontrado la casa toda revuelta; agentes vestidos de paisano habían salido de allí cargados con montones de bolsas negras llenas de extraños artículos; los vecinos afirmaban haber oído gritos durante la noche; la abuelita de al lado dijo que su gato se había escondido bajo la cama y se negaba a salir de allí. Era un gato negro, recalcaba.



Los investigadores enseguida declararon que no existían indicios de criminalidad. Tal vez recordéis haber visto el caso en las noticias, aunque dado que se produjo pocos meses después del 11 de Septiembre, su permanencia en los medios de comunicación fue escasa. Sólo mucho más tarde, en las fases de calma mediática, se dedicó cierta atención a Salvador en la prensa occidental: un reportaje breve en la sección de cultura del *New York Times*,<sup>1,2</sup> un artículo en *Le Monde*<sup>2</sup> sobre expatriados que habían residido en París y una referencia de pasada al final de un artículo publicado por el *Village Voice*<sup>3</sup> sobre famosos suicidios ocurridos en Nueva York. Aparte de eso, nada.

En Filipinas, sin embargo, ambas facciones de la divisoria política sometieron de inmediato a autopsia el súbito silenciamiento de Salvador. Tanto el *Philippine Gazette* como el *Sun* se enzarzaron en un debate con el *Manila Times*, periódico en el que Salvador publicaba, sobre la relevancia literaria y sin duda social del escritor para nuestro castigado país. El *Times*, lógicamente, declaró que su difunto columnista representaba la esperanza frustrada del renacimiento literario de una cultura. El *Gazette* arguyó que Salvador no podía considerarse «un escritor filipino propiamente dicho», puesto que escribía principalmente en inglés y no «se había curtido bajo el mismo sol que las masas». El *Sun*, por su parte, terció con que Salvador era demasiado mediocre como para merecer ser asesinado. El suicidio, concluían, pues, los tres rotativos, constituía una resolución apropiada.

Cuando salió a la luz la noticia del manuscrito perdido, todos los bandos dejaron de lado cualquier vestigio restante de medida. La leyenda de aquel libro inconcluso perduraba desde hacía más de dos décadas, y su pérdida tuvo más resonancia que el fallecimiento del propio autor. En el ciberespacio, la blogosfera acogió alborozada las crecientes conjeturas sobre su paradero. Los intelectuales, entre ellos los primeros los periodistas de carrera, arrojaron por la

borda toda objetividad. Muchos pusieron en duda la propia existencia del manuscrito. Los pocos que creían en su realidad le restaron importancia tachándolo de mera ponzoña tanto social como personal. Casi todos convinieron en que su desaparición estaba relacionada con el final incierto de Crispin. Y por consiguiente, hasta la más insignificante de las habladurías que habían salido a relucir en el transcurso de la investigación sobre la muerte de Salvador cobró trascendencia. El rumor de que la policía había encontrado su pipa aún humeante se expandió como un ciclón entre la gente de letras. Se runroneó también que tiempo atrás el escritor había engendrado y abandonado a un hijo, y que la culpa que arrastraba lo había enajenado de por vida. Un blog reputado afirmó, bajo una entrada titulada «Anus Horribilis», que se había hallado aceite de oliva extra virgen en el recto del cadáver. En otro se conjeturó que Salvador no estaba ni mucho menos muerto: «Muerto o vivo —escribió Plaridel 3000—, ¿quién va a notar la diferencia?». Ninguno de sus colegas y conocidos —Salvador no contaba con verdaderos amigos— cuestionó el veredicto de suicidio. Tras dos semanas de elucubraciones, todos se contentaron con relegar el asunto al olvido.

Yo no estaba convencido. Nadie sabía lo que yo. El glorioso retorno de Salvador se había ido al traste; la obra maestra que había de devolverlo al panteón se encontraba misteriosamente extraviada y el peso muerto de la polémica, enterrado en su ataúd. Sólo restaba la certeza del trasterío ritual legado a quienes quedan atrás: archivos que embalar, cajas que llenar, una vida entera de cachivaches no destinados a terminar en el camión de la basura. Saquéé prácticamente su apartamento en busca del manuscrito de *Los puentes en llamas*. Yo sabía que el libro existía. Había visto a Salvador enfrascado en él ante su máquina de escribir. Me había hablado de aquella obra, con segundas, en múltiples ocasiones. «Si he estado exiliado tanto tiempo ha sido para poder escribir *Los puentes* con toda libertad», me

había dicho Salvador aquella primera vez, mientras escupía los huesecillos de las patas de pollo que comíamos en la cueva de aquel restaurante de Mott Street, el barrio chino de Manhattan. «¿No crees que hay cosas que se deben decir de una vez por todas? Quiero levantar el velo que oculta el mal. Exponerlos en las gradas del templo. De verdad, a todos los culpables. A los clanes políticos familiares que malversan los fondos estatales con fines electoralistas. A la aristocracia de Forbes Park con su aire acondicionado. A los cleptócratas nuevos ricos que han olvidado sus orígenes. A los lascivobispos con su fe farisaica. A ti y a mí si es preciso. A todos nos van a llover tortas.» Pero de aquel manuscrito quedaban tan sólo migajas: la portada y un par de hojas sueltas, garabateadas con listas de puntos, que encontré trasapeladas entre las páginas de su manoseado ejemplar del *Roget's Thesaurus*. Veinte años de trabajo perdidos, una acumulación glacial de investigación y escritos en la que se desenredaban y desentrañaban los vínculos centenarios de la élite filipina con el amiguismo, la tala ilegal de árboles, el mundo del juego, los secuestros, la corrupción y todos los pecados que éstos Conllevan de por sí. «Todos los crímenes de la humanidad —me dijo Salvador tras escupir un huesecillo más sobre la pirámide acumulada en su cuenco—, no son más que grados de latrocinio.»

Yo, desde luego, considero más enigmática la notoria ausencia de pistas que el desorden del entorno doméstico del que Salvador misteriosamente se ausentó. Hay una muesca en la navaja de Occam. Mi cuerpo entero se estremece ante la idea de que Salvador se quitara la vida. Al darme una vuelta por su apartamento después de los hechos, observé que su máquina de escribir, una Underwood verde malaquita, estaba cargada, amortillada, la hoja en blanco preparada en el carro; los objetos sobre su escritorio dispuestos para acometer la escritura. ¿Cómo podía haber llegado hasta el río sin antes pasar por aquel espejo ve-

neciano del vestíbulo y contemplar su conciencia reflejada en él? Habría visto lo mucho que aún quedaba por hacer.

Salvador no poseía la valentía o la cobardía necesarias para acabar con su propia vida. La única explicación posible es que la Pantera de las Letras Filipinas fuera asesinada en el momento en que se lanzaba sobre otras presas. Pero no se ha hallado ningún candelabro manchado de sangre, sólo veladas insinuaciones en lo que queda de su manuscrito. Entre las dos páginas de apuntes, los siguientes nombres: el industrial Dingdong Changco hijo; el crítico literario Marcel Avellaneda; el primer líder musulmán de la oposición, Nuredín Bansamoro; el carismático predicador reverendo Martín y una tal Dulcinea.

El hecho de que tal vez el nombre de Salvador no os diga nada atestigua el olvido abismal en que había caído. Sin embargo, en las dos décadas que duró su cénit, su obra fue paradigma de la literatura nacional pese a que procurara de continuo sacudirse el yugo de dicha representación. Salvador encendió las letras filipinas y extendió su luminiscencia al resto del mundo. En una ocasión, Lewis Jones dijo de él en el *Guardian*: «La prosa del señor Salvador, bajo el lirismo rococó y el excesivo derroche de sus descripciones, esconde un retrato dolorosamente sincero de la brutalidad psicosocial, de la verdadera violencia física y la soberbia que aquejan gravemente a su país... La intemporalidad de sus obras fundamentales se verá demostrada con el tiempo».<sup>4</sup>

En su época de esplendor, la vida de Salvador irradió genialidad y osadía intelectual, cierta inclinación a la iconoclasia y la aspiración a una franqueza implacable en tiempos de ofuscación. Su figura, hasta el momento mismo de su fallecimiento, se vendió siempre como «el futuro gran fenómeno», descripción esta a la que Salvador nunca lograría sustraerse. «Desde la temprana edad de la autoconciencia, me dijeron que había sido agraciado con un don especial —escribió en *Autoplagiario*, su libro de memorias—. Em-

pleé el resto de mi vida intentando cumplir expectativas, impuestas por otros pero sobre todo por mí mismo.»

Esa presión, junto con la creencia férrea en la necesidad de llevar una vida digna de ser escrita, lo acompañaron en múltiples papeles y aventuras. Su autobiografía semeja hasta tal punto un «quién es quién» de iconos políticos y artísticos que los lectores se preguntaban si no sería una obra de ficción. «He vivido casi todas mis siete vidas», escribió Salvador. Su obra se apropió libremente de todas y cada una de esas vidas y las hermoseó: su crianza como hijo del propietario de una plantación de azúcar, la educación sentimental en Europa, las noches mediterráneas persiguiendo faldas con Porfirio Rubirosa o trasegando zivania con Lawrence Durrell, la fama meteórica cobrada por sus primicias cuando era un periodista novato, el adiestramiento con los guerrilleros comunistas en las selvas de Luzón, la discusión con los Marcos en el transcurso de aquella cena en el palacio de Malacañang. El círculo de influyentes artistas del que Salvador fue cofundador, Cinco Bravos, dominó durante años la escena cultural filipina. Sin embargo, fueron las luchas intestinas entre la intelectualidad local las que con sus habladurías confirieron a la vida de Salvador proporciones quiméricas. Se contaba, por ejemplo, que había marcado el rostro de Marcel Avellaneda con aquella cicatriz en un duelo de navajas; que, borracho, aunque a escondidas, había vomitado en la sopera de pescado durante una recepción al aire libre celebrada por George Plimpton en su residencia de East Hampton; o que había bailado un tango desnudo a la luz de la luna en Yaddo con —según quién narrara la historia— Germaine Greer, Virgie Moreno o un maniquí de modista con ruedas; de Salvador se llegó a decir incluso que había insultado al director Georg Solti tras un concierto en el Palais Garnier (supuestamente, estrechó la mano del maestro y lo acusó, en un alarde de confianza, de haber estado «algo flojo al principio del segundo movimiento del Rach 2»). Nota: no he hallado constancia de que

Solti dirigiera nunca el *Concierto para piano* n.º 2 en el Garnier).

La obra temprana de Salvador —al decir de la mayoría— poseía un vigor moral extraordinario. A su regreso de Europa en 1963, empezó a labrarse un nombre divulgando la penuria de los necesitados a través de subversivos reportajes en abierta confrontación con la filosofía de su padre, preconizador del servilismo político como vía para alcanzar el mayor bien social. En 1968, Salvador puso de manifiesto lo internacional de sus ambiciones literarias con la publicación de su primera novela: *Lupang Pula (Tierra Roja)*.<sup>5</sup> El libro, que contaba la historia del carismático Manuel Samson, un granjero que se une a la rebelión comunista Huk que tuvo lugar entre 1946 y 1954, fue acogido favorablemente y más tarde traducido y publicado en Cuba y la Unión Soviética. (La verdadera *opera prima* de Salvador, *El hijo pródigo*,<sup>6</sup> que había visto la luz en Estados Unidos tres años antes, recibió diversos galardones previos a su publicación pero no logró sobrevivir al extraordinario bombo mediático. Salvador siempre quiso que aquella obra, en la que se reconstruía el papel desempeñado por su abuelo durante la Revolución filipina de 1896 y la subsiguiente guerra contra los invasores norteamericanos, fuera relegada al olvido. En una ocasión me comentó que aquel retrato de su antepasado le había puesto «el listón demasiado alto».)

Pese a haber sido galardonado por el Manila Press Club, que le concedió por unanimidad el codiciado trofeo Mango de Oro por su exposición de la brutalidad policial durante la masacre de Culatingan, fue la enfervorizada polémica suscitada por su ensayo «Es difícil querer a una feminista», publicado en el semanario *The Philippines Free Press* el 17 de enero de 1969, lo que marcó un hito en la vida del joven escritor. Para sorpresa del propio firmante, la atención lo catapultó a la conciencia de la cultura popular filipina. Las tertulias radiofónicas de todo el país retransmi-

tieron la voz de Salvador, con aquella característica dicción afectada que se descomponía y subía de tono cuando se alteraba; las pantallas de televisión difundieron las imágenes de su figura desgarrada, sentada con displicencia sobre una pierna, su engominado pelo negro partido en dos con una raya perfecta, su dedo admonitorio apuntando al resto de participantes en aquel debate, un popurrí de eruditos afeminados y de feministas metidas en carnes. Salvador discutió enérgicamente con activistas del feminismo por radio y televisión, y soltó espumarajos de impropiedades que en ocasiones requirieron la intervención del moderador. Él alegó que su obra no era «machista, sino realista para un país pobre con bestias negras de más envergadura que las expuestas en ese reciente simposio: “La historia del hombre contada por la hembra”». En octubre de 1969, en el mismo semanario, Salvador publicó un ensayo titulado «¿Qué Dios bondadoso crearía un ser capaz de tirarse pedos?». Con él se granjearía la ira de la Iglesia católica y se consagraría más si cabe su infamia intelectual.

Salvador dejó Manila en 1972, un día antes de que Marcos declarara la Ley Marcial. Partió con la idea de hacerse un nombre en Nueva York, pero allí el éxito le fue más esquivo de lo que habría deseado o de lo que tenía por costumbre. Se instaló en el barrio de Hell’s Kitchen, en un estudio sin agua caliente «tan sórdido que ni el letrero de neón que chisporroteaba al otro lado de mi ventana daba luz». Para poder mantenerse, se colocó en una panadería de Greenwich Village, la Petite and Sweet Bakeshop. Por la noche escribía relatos, algunos de los cuales salieron a la luz en revistas de pequeña tirada como *Strike, Brother!* y *The Humdrum Conundrum*. El siguiente hito en su carrera literaria lo marcó la publicación en *The New Yorker*, el 12 de marzo de 1972, de «Matador», un relato breve que al parecer «no disgustó» al director de la publicación, William Shawn, aunque se escogió deliberadamente por su oportuna relación con la guerra de Vietnam, conflicto en ese mo-